

TRIBUNA ABIERTA

Coser e hilvanar



POR ANTONIO
NARBONA

Nada tiene de extraño que el léxico de la “nutrición” del cuerpo (un cocido casero, en este caso) sirva para referirse a lo que “alimenta” el espíritu

Un amigo, lector habitual de estos escritos, me dice lo que acaba de oír a su mujer, cordobesa: “lah tengo [h]ilvaná[das], sólo me falta coserla[s]”. Nada de particular, si no fuera porque no estaba hablando de *costura*, sino de las *lentejas*, plato de ese día. No se trata, pues, de la primera acepción (‘unir con hilo y aguja’) de *coser* (latín [CON]SUERE) en el *Diccionario* académico. Ni *hilvanar* tiene que ver con ‘preparar con *hilvanes* [hilos vanos, ralos] lo que va a ser cosido después’. Se pueden “coser” *papeles* (a menudo con grapas), una herida (por un médico), e incluso unas cuantas *ideas* (asociarlas sobre la marcha para salir del paso en alguna situación de apuro), pero no las lentejas, que, como los garbanzos, se deben *cocer* (COQUERE). Sostienen algunos que, para evitar la confluencia (por culpa del seseo, aunque también el *ceceo* los iguala) de los dos verbos (en la oralidad -en la escritura la distinción está garantizada-, y no todas las formas, ya que no hay coincidencia en *coso/cuezo*, *cose/cuece*, etc.), en Andalucía se tiende a usar *cocinar* (de la variante vulgar COCERE, COCINA), en lugar del segundo. Aparte de resultar chocante *voy a cocinar (*unas*) lentejas, el uso de mi “informante” es buena prueba de que la sustitución no ha triunfado, desde luego no en la medida en que parece haberse producido en algún país de Hispanoamérica, como Argentina. Si acaso, puede darse cierta proximidad semántica cuando nada tienen que ver con la gastronomía. Corta es la distancia entre *tramar* [verbo que, por cierto, significa “atravesar los hilos de la trama por entre los de la *urdimbre*”] algo con sigilo’ (acepción cuarta de *cocer*) y *tramar* algo a espaldas de otros’ (tercera de cocinar). Hoy casi todo se “cucece” (o se guisa) en los despachos, y lo “cocinan” unos pocos, no siempre con la sana intención de sacar adelante proyectos que mejoren la vida de los ciudadanos, sino con la finalidad de urdir (de ‘preparar los hilos para pasarlos al telar’ a ‘maquinar’) estrategias que después tratarán de proponer a los demás. O imponerlas, a lo que se refirió Unamuno con su “vencerás, pero no convencerás”.

Nada tiene de extraño que el léxico de la “nutrición” del cuerpo (un cocido casero, en este caso) sirva para referirse a lo que “alimenta” el espíritu, pues la más noble y exclusiva capacidad del ser humano, la de pensar y compartir lo que pensamos, la persuasión por medio de razonamientos, sólo es posible gracias a la ausencia de límites en la utilización libre y metafórica las pala-

bras y de combinarlas para explotar infinitamente su potencialidad significativa. Unas posibilidades que no se ven mermadas por un simple hábito articulatorio como el seseo, aunque nos juegue en algún caso una mala pasada, que, sin problema alguno, el receptor subsana, ya que “con las cosas de comer [que no se cosen] no se juega”.

Pero con las que no lo son (de comer), menos. Un solo término como nacionalismo puede esconder, como dejó escrito el mismo Unamuno, “una chifladura de exaltados echados a perder por indigestiones de mala historia”. Y en demasiadas ocasiones, un malentendido ha conducido a situaciones que entrañan un riesgo para la convivencia. Incluso a la guerra, que es -ya lo dijo Fénelon- “un mal que deshonra al ser humano”, ni siquiera un mal “necesario”, salvo que se admita que se aprende a convivir en paz matando a otros.

Buena parte de culpa de lo que se está cociendo en sitios que están a la vuelta de la esquina (Ucrania) y en muchos otros no lejanos (Siria o Afganistán, o el Sahel africano, donde, después de largo tiempo bajo el dominio de países europeos, el islamismo se radicaliza por momentos) tiene mucho que ver con la falta de “diálogo” (o no empleo de las palabras adecuadas). Y aunque puede terminar, más que deshilvanando (‘quitar



ABC

hilvanar), deshilachando (‘perdiendo las hilachas’, esto es, dejando ver las carencias y debilidades) el bienestar de los “occidentales”, da la impresión de que pretendemos seguir “camuflando” o ahogando toda realidad conflictiva con “encendidos” debates sobre si conviene mantener una monarquía parlamentaria (coronada, federal) o volver a recuperar el republicanismo, y con otras discusiones no “inexcusables” y sí “prescindibles”, como las generadas por competiciones deportivas o peleas familiares de conocidas folklóricas. Mucho se ha hablado y escrito de lo que iba a suponer (al final, todo ha quedado en nada) la nueva reforma laboral para la celebración de la mundialmente famosa Feria de Sevilla, al impedir que resultara rentable el trabajo de los que en las casetas sirven copas y tapas, vocablo este último de recorrido inverso al de *cocer* o *guisar*, ya que el verbo *tapar* era ajeno en su origen a lo que come (o bebe) ¡Cuánto da de sí la inextricable vida de los usos idiomáticos!

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

